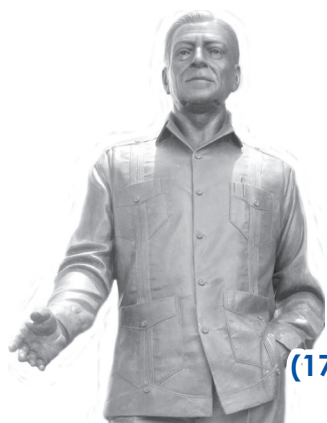




Elecciones húmedas

(17 de diciembre de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2621

DOMINGO 13 DE DICIEMBRE DE 2020

Vista de la calle Jiménez,
en la ciudad de Colima.
Foto: Alberto Medina



ESCRIBEN: Alberto Llanes Castillo, Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020;
Salvador Velazco, Ángel Gaona, Magda Escareño, Ramón Moreno, Paul Celan y Carlos Caco Ceballos.



A las nueve en punto

De camellos y serpientes en la Ciudad Roja

Salvador Velazco

En este año de encierro solo nos queda rememorar las andanzas. En noviembre de 2006 tuve la oportunidad de pasar unos días en Marrakech, una de las ciudades más grandes en Marruecos que, gracias al color rojo-ocre de sus murallas y palacios, se ha ganado el sobrenombre de “Ciudad Roja”. La pequeña delegación que hicimos ese viaje estaba conformada por el autor de estas líneas, Rebeca, mi mujer; mis hijos Daniela y Diego (de 12 y 8 años respectivamente) y mi sobrina Cecilia (de 20 años). La otrora ciudad imperial es una de las más visitadas en el norte de África, por lo que cuenta con una excelente infraestructura turística. Nosotros nos dedicamos a explorarla como Dios manda, visitando sus plazas, mercados, jardines y palacetes. En esos días nos tocó el periodo del Ramadán, lo que le agregó una nota de especial interés a nuestra experiencia.

Quisiera compartirles algunas anécdotas de este viaje. La primera, sobre el Ramadán, el mes en que los musulmanes creyentes deben abstenerse de tomar alimentos e ingerir líquidos durante las horas de luz como una manera de perfeccionamiento espiritual y de honra a Dios. Como parte de esta festividad, las familias inician con el *suhur*, que es una comida ligera antes de que salga el sol, consistente en cereales, pan integral, leche, frutas y ensalada. Cuando comienza el atardecer las mesas de restaurantes y puestos callejeros empiezan a desplegar un surtido gastronómico donde se destacan dátiles, huevos cocidos, jugo de naranja, pan, sopa, fruta, café y té verde. Es la cena con que se rompe el ayuno y que en árabe recibe el nombre de *iftar*.

Nos tocó a Diego y a mí estar en un restaurante compartiendo ese momento con marroquíes. Al principio observábamos que los platillos estaban en las mesas y que los comensales solo los observaban discretamente, sin tocarlos. Tanto a mí como a mi hijo todo esto nos resultaba extraño. De repente, al irse la última luz del crepúsculo, empezó a tocar la sirena de una mezquita cercana anunciando el *iftar*. Jurábamos que después de pasar varias horas de rigurosa abstinencia, los creyentes tendrían que lanzarse literalmente sobre los alimentos. Sin embargo, no fue así. Nos sorprendió la manera suave y parsimoniosa con que empezaron a degustar su cena. Le dije a Diego: “Ya ves, los viajes ilustran, ahora ya sabemos lo que es el *iftar* durante el Ramadán”.

Visitar la “Medina”, el casco histórico de la ciudad que ha sido declarada Patrimonio universal por la Unesco, rodeada por murallas y antiquísimos pórticos de entrada, te transporta literalmente a otro tiempo: la Edad Media. Asimismo, caminar por la ciudad antigua te permite apreciar el estilo arquitectónico marroquí, con sus arcos de ojo de cerradura, tanto en los callejones como en las mismas puertas de las casas. Este laberinto de callejuelas te depara sorpresas inesperadas, como encontrar a tu paso magníficos palacios con hermosos jardines que se les conoce con la palabra *riad* —en árabe significa “jardín”—; son estos una clara evocación del paraíso musulmán. Desde cualquier parte de la Medina se recorta, en el horizonte, la silueta de la mezquita Kutubia, un minarete de 77 metros de altura construido en el siglo XII que es

el símbolo de Marrakech. Desde ahí se transmite el *ezan*, usado en el islam para convocar a los fieles a la oración: pocos cantos como este tocan hasta las fibras más íntimas, se profesa o no una religión.

Caminando por la Medina encontrarás el famoso zoco de Marrakech, el centro comercial y artesanal más importante de la ciudad. Se trata de docenas de calles laberínticas repletas de tiendas, puestos y tenderetes, en donde se encuentran todos los productos que puedas imaginar: orfebrería, artesanías, muebles, alfombras, productos de piel, ropa, telas, especies, comida, frutos secos, entre otros artículos. Es un verdadero paraíso de las mercancías que ofrece toda una experiencia sensorial de colores, texturas, sonidos y sensaciones; de olores a cuero, té, miel, especies y pan recién horneado. Una experiencia similar solo la he tenido en el Gran Bazar de Estambul.

De nuestra incursión por el zoco les compartiré otra anécdota. Una mañana nos encontrábamos en una de las tiendas de cuero porque Cecilia deseaba comprarse una bolsa. El dueño, un marroquí que ya pintaba canas y un tanto regordete, no dejaba de verla mientras mi sobrina evaluaba varios productos y regateaba los precios. Al final, cuando Cecilia se acercó para pagar, el mercader se desvivió en elogios a la belleza de la muchacha ‘mexicana’ y quiso comprarla. Así como lo oyen (leen). Según me explicó el hombre, la poligamia en Marruecos es legal, siempre y cuando se tengan los recursos financieros para mantener a una segunda o tercera mujer. Me dijo que era un hombre acaudalado dispuesto a desposar a mi sobrina, para lo cual podría pagarme con un camello y todos los artículos que nos gustaran de su tienda. Cecilia, divertida, me dijo: “Pero, ¿solo valgo un camello?... Tío, pídele por lo menos dos camellos y un dromedario”. Le contesté: “Mejor vámonos, no vaya a ser que nos acepte la oferta”.

Y aquí va mi última anécdota. En la plaza Jemaa el-Fna, el epicentro de la medina de Marrakech, podrás encontrar un sinnúmero de personajes que ofrecen entretenimiento a los turistas a cambio de una propina: encantadores de serpientes, faquires, poetas, danzantes, acróbatas y más. El miedo que le tengo a las serpientes me paralizó cuando vi al hombre que tocaba una flauta frente a una canasta, desde donde poco a poco salía una cobra ejecutando su suave danza. Recuerdo de niño haber leído sobre escenas semejantes en las historietas de Kalimán. Pero ahora estaba ahí frente a mí en vivo y a todo color esa cobra danzante.

Daniela y Diego, fascinados, se acercaron un poco para ver a la cobra. En ese momento, otra persona que traía una serpiente se acercó a Daniela y se la colgó como si fuera un collar. Mi hija no mostró tener miedo y comenzó a acariciar a la víbora. Pasado un momento, el marroquí le exigió cinco euros, y Daniela solo atinó a señalarme con el dedo. En un abrir y cerrar de ojos el individuo empezó a caminar hacia mí alzando la culebra. En ese momento, en mi aturdimiento no escuché que comenzaba a sonar la sirena de la mezquita; solo escuchaba mi respiración agitada mientras corría y corría por la gran plaza para evadir al hombre de la serpiente que, bien lo sé, solo quería su propina.



En el zoco de Marrakech. Rebeca, Diego, Daniela y Cecilia.

Una mañana nos encontrábamos en una de las tiendas de cuero porque Cecilia deseaba comprarse una bolsa. El dueño, un marroquí que ya pintaba canas y un tanto regordete, no dejaba de verla mientras mi sobrina evaluaba varios productos y regateaba los precios. Al final, cuando Cecilia se acercó para pagar, el mercader se desvivió en elogios a la belleza de la muchacha ‘mexicana’ y quiso comprarla.



Daniela con la culebra en el cuello.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)



XXX

La viruela

Ramón Moreno Rodríguez*

En abril de 1520 llegó a las costas de Veracruz y se instaló en Zempoala, Pánfilo de Narváez; encabezaba una expedición de aproximadamente 900 aventureros. Su objetivo era detener a Cortés y llevárselo prisionero a su patrón, Diego de Velázquez.

Este desastrado aventurero, al que todo le salía mal, sólo provocó calamidades, desdichas y muertes. Cortés lo derrotó, perdió su ejército, le quebraron un ojo —como entonces se decía— en la batalla definitiva, permaneció preso dos años y por su culpa se desparramó por estas tierras la primera de las muchas epidemias que los españoles trajeron al Nuevo Mundo, la viruela.

En efecto, entre la tripulación venía un hombre llamado Francisco de Eguía lastrado por la terrible enfermedad, hoy, por fortuna, ha sido erradicada de manera definitiva. La viruela siempre fue un terrible padecimiento en el Viejo Mundo, mataba a muchos de los infectados y dejaba a su paso una estela de dolor y muerte. Sus efectos en el Nuevo fueron muchas veces multiplicados porque acá no había anticuerpos que protegieran a la población, y así, el que se contagiaba casi siempre fallecía, es decir, era de una mortalidad cercana al 100 por ciento.

La enfermedad se contagiaba por contacto directo; quien tocaba a un enfermo podría adquirir el virus. También se podía contagiar por estar en contacto con la ropa del paciente o con las mantas con que se le cubrían o por usar los utensilios de éste, como podrían ser las cucharas, escudillas, instrumentos de trabajo, etc.

El cuadro infeccioso empezaba por fiebre, dolor de cabeza, agotamiento, vómitos. Después de tres o cuatro días al paciente se le llenaba el cuerpo de granos, empezando por la boca y la lengua, para después distribuirse por el rostro, las extremidades, el cuerpo todo. Esta era la etapa más terrible y dolorosa.

Los antiguos mexicanos acostumbraban aliviar la fiebre con baños en el temazcal y se trató de atajar el mal de esa manera, pero no funcionó el remedio. Los españoles, a pesar de tener siglos conviviendo con el virus, no conocían cura alguna y hasta la fecha mucho se ignora de tan terrible enfermedad; se le logró vencer vía la vacunación, pero cura nunca la hubo.

La segunda etapa de la enfermedad, las llagas en la boca, duraba aproximadamente cuatro días; eran los momentos de mayor gravedad y contagio. Después, esas pústulas se transformaban en llagas rellenas de pus que con el paso de los días se endurecían; cobraban una forma característica: al centro

tenían una pequeña protuberancia como ombligo. Muchos contagiados ya no llegaban hasta estos momentos, que podían prolongarse por semanas.

Una cuarta etapa consistía en que las llagas se endurecían, provocaban mucha comezón y si no se rascaba el paciente, poco a poco se convertían en costras que muy reseca se desprendían por sí mismas. Quienes recorrían todas estas etapas, que se desarrollaban aproximadamente en treinta días, lograban sobrevivir y que, como ya dijimos, normalmente eran los españoles, aunque ellos también solían morir. Se sabe que para los europeos era mortal en promedio en un treinta por ciento.

A los que primeros lastró este mal fue a los totonacas de Zempoala. Se diseminó por toda aquella tierra caliente de la costa del Golfo y pronto se extendió tierra adentro, trepando a los altiplanos centrales. En muchos lugares morían familias enteras.

En Tlaxcala infectó a Maxixcatzin, tlatoani aliado de Cortés del que ya hemos tenido oportunidad de hablar en esta

serie cuando referimos el tema del bautismo de los señores tlaxcaltecas. La enfermedad pasó por entre las altas montañas y llegó a Chalco, en el Anáhuac, hacia el mes de septiembre de este mismo año. Duró setenta días y acarreó muchísimas más muertes del que pudiera haber podido ocasionar Cortés y los suyos con sus espadas. Llegó a Tenochtitlan a fines de octubre.

La viruela, lógico es decirlo, no respetó a un bando ni a otro. Además del tlatoani tlaxcalteca, también fulminó al tlatoani de los mexicas, que

tenía dos meses de haber sido entronizado, pues murió en noviembre de este mismo año que venimos refiriendo.

La muerte de éste fue tan rápida que su nombre pasó con prisa al olvido. Casi nada sabemos de él, de su carácter, de su aspecto ni de su situación política. Lo único que sabemos de él es que se opuso siempre a acoger a los castellanos, aun antes de su llegada. También se sabe que fue inspirador de un ataque nocturno a los extranjeros que fue muy exitoso, la Noche Triste. Podemos colegir, finalmente, que como diplomático no fue exitoso, pues no logró convencer a los tlaxcaltecas de que no les prestaran ayuda a los extranjeros ni logró que los tarascos se le aliaran para luchar contra los invasores.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com



Pintura de Dan Voinea

Cordura

Ángel Gaona

Empecinado en hacerlo no muero
por el sólo hecho de desearlo
vivo a diario el milagro de estar
donde no quiero, mas conservo
la compostura del irredento

Vivo ya de recuerdos no vividos
de ver películas en mi cabeza
de resarcimientos, en un monólogo
interior interminable, en soliloquios
vacíos, fuera de todo contexto

Contertulio de mis soledades
Aprendo a sobrellevarlas
con el decoro de un payaso
invitado a retirarse antes
de culminada su rutina

Si a todo esto le ponemos
nombre, será por cierto
de lo más disparatado
La cordura también me dejó
Y no sé a dónde ir a buscarla.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Elecciones húmedas

Don Manuel Sánchez Silva

(17 de diciembre de 1961)

Con anticipación al 5 de febrero de 1930, fecha señalada para la celebración de las elecciones presidenciales, que se resolvieron en favor del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, la Presidencia Municipal de Colima tapizó la ciudad, especialmente las puertas de cantinas, con los consabidos impresos prohibiendo la portación de armas y venta de bebidas embriagantes durante la víspera y día de los comicios.

Por el rumbo del mercado Constitución y en un sitio cercano a la casa de don Jorge Assam, vivía por aquel entonces un viejo “peleceano”, llamado Quirino Mendoza, que expendía licores. Era fanático partidario de don Salvador Saucedo, político en derrota por ese tiempo, y su mayor alegría consistía en burlar las disposiciones del gobierno.

Desde temprana hora del día de las elecciones me dediqué a recorrer todas las casillas del municipio. Era yo presidente municipal de Colima y simultáneamente inspector general de policía, por lo que me sentía responsable de la conservación del orden. Me hice acompañar de Santiago Cárdenas, persona de mi confianza, y habiéndome encontrado a Miguel Bonilla, compañero de primaria y viejo amigo mío, manifesté el deseo de unirme, lo que acepté con gusto.

A bordo del auto de la presidencia, visitamos numerosas casillas electorales advirtiéndole que la función cívica se desarrollaba tranquila y regularmente, y cuando siguiendo el itinerario previamente trazado remontábamos la calle Medellín, al pasar frente a la casa de Quirino escuchamos las voces aguardentosas características de las cantinas.

Detuve el coche y me di cuenta de que en el interior se encontraban seis u ocho personas más corridas que escasas, como consecuencia de los ponches y cervezas que Mendoza les servía solícitamente, alternadas con sabrosas botanas. Y eso, con la puerta abierta a la calle...

Descendí del auto y realmente molesto penetré en la pieza, seguido por Miguel y Santiago. Al mirarme, Quirino se adelantó con la sonrisa en los labios y la mano extendida:

—Cuánto honor de verlo en ésta, su casa, señor presidente...

—Oiga usted. Déjese de lambisconerías. ¿No sabe leer?

—Sí, señor presidente. Yo estuve en la escuela. Tengo mi certificado de sexto año...

—Entonces, ¿no leyó esos impresos de la Presidencia Municipal, que están en cada una de las hojas de su puerta?

—Sí, señor presidente. Los fijaron desde antier y luego los leí. Yo vivo siempre enterado de todas las disposiciones de la autoridad. Soy

muy respetuoso del gobierno...

—Pues entonces no me explico. Si usted confiesa que leyó esos papeles y está haciendo lo contrario de lo que ordenan, ¿es que no los entendió?

—Sí los entendí, señor presidente. Los entendí perfectamente...

A esas alturas, yo me hallaba desconcertado y furioso en mi interior. En cambio, Mendoza lucía cada vez más tranquilo, sonriente y zalamero. Y no me apeaba el tratamiento de señor presidente...

Contaba yo con 25 años de edad y mi falta de experiencia y de mundo me produjeron la impresión de estar al borde del ridículo. Aquel tipo, taimado y socarrón, me estaba tomando el pelo...

Con el propósito de salir bien librado del apuro, endurecí el tono:

—Mire usted, Quirino. Le voy a poner un punto final a sus bromas de mal gusto. Ahora mismo queda detenido en compañía de sus borrachines. Y ya vayan saliendo en racimo...

—Como usted mande, señor presidente, pero le ruego que me explique por qué.

—¡Cómo por qué!... Por desobedecer una ordenanza municipal. Usted está vendiendo vino y sabe que no debe hacerlo.

—¡Ah!, ya caigo, señor presidente. Está usted equivocado. Completamente equivocado... Y se lo voy a demostrar, si me lo permite...

Y siempre afable y dueño de sí, se acercó a la puerta y señaló con el índice uno de los impresos:

—Ahí dice que se prohíbe vender vino ayer y hoy, ¿no es así...?

—¡Claro que es así! Y usted está vendiendo cerveza, ponche, tuxca y alcohol rebajado...

—Ahí está su error, señor presidente. Yo no he vendido ninguna bebida embriagante. Ya le dije que soy respetuoso de las autoridades...

—Entonces, ¿qué están tomando esas gentes?

—Vino, señor presidente, pero no se los vendo, se los regalo... Y usted no tiene prohibido que alguien regale lo suyo... A ver, muchachos -interpeló a su clientela-, díganle al señor presidente cuánto les cuesta el agasajo...

No escuché la respuesta. Giré en redondo y salí del tugurio. Miguel Bonilla lo había hecho ya y en la banqueta se desternillaba de risa. Al poco rato se me bajó el disgusto y yo también festejé la frescura de Quirino, porque un chiste bueno debe aplaudirse, aun cuando sea a costa de uno...

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**. †



Detuve el coche y me di cuenta de que en el interior se encontraban seis u ocho personas más corridas que escasas, como consecuencia de los ponches y cervezas que Mendoza les servía solícitamente, alternadas con sabrosas botanas. Y eso, con la puerta abierta a la calle.

Si me resbalé por la Piedra Lisa, ni me acuerdo...*

Alberto Llanes Castillo

¡Ahí está el detalle! Que no es ni lo uno, ni lo otro, sino todo lo contrario. Cantinflas

Me acuerdo cuando Colima me recibió, allá por el año de 1986 y como una bofetada de aire caliente sentí su vasta vegetación y ese aroma que nunca se va a borrar de mi memoria. Era una asfixia de aire limpio, puro; vegetación que jamás había visto (ni olido), calor sí había sentido, pero nada si lo comparamos con otras zonas de la República Mexicana donde es tan sofocante que mejor ir a comer a un centro comercial acompañado de un tufo de aire artificial, que esperar a que el sol se oculte y morir en el intento. En ese 1986, mis padres, de inmediato, me inscribieron en una escuela. Corría la mitad del ciclo escolar y no podía quedarme sin educación primaria. Entré a segundo grado “A” de la Gregorio Torres Quintero, en el centro (por la Vicente Guerrero), donde me aceptaron sin importar el avance del año. Todo esto ocurrió antes de los terremotos (de 1995 y el de 2003) y de la remodelación del recinto educativo que vino años después. En esto de los temblores ya era todo un experto, con poca edad me tocó sentir el del 19 de septiembre de 1985 en la ahora mal llamada CDMX, que culminó con la caída del hotel Regis. Años después, esa fatídica fecha nos volvería a cimbrar y a sorprender con otro movimiento, dando cuenta ahora de la escuela Rébsamen. Fecha fatal para la Ciudad de México es septiembre, sin duda. Para mí es Ciudad de México, CDMX no me dice nada y no me representa. Punto.

En aquel tiempo las calles de Colima aún conservaban su empedrado original y no las oscas avenidas mal pavimentadas que hay en la actualidad; los coches iban a muy bajaba velocidad y los taxis eran básicamente Datsun de la época o más viejitos. Todo nuestro periférico era empedrado y el tercer anillo ni siquiera existía, eran potreros llenos de animales, árboles, pasto y el Boulevard Camino Real, desde la Universidad de Colima y más atrás, hasta el panteón y más abajo por la Glorieta del DIF (que ya no está ahí frente al Ejército que tampoco ya está ahí), Rey Colimán y más allá... todo, todo, todo era empedrado. Recuerdo que había únicamente dos camiones de servicio público: los amarillos y los verdes (norte y sur, respectivamente), que le daban la vuelta a la ciudad, unos de ida y los otros de regreso. Así más o menos era la vida en Colima en 1986. Cuando vine por primera vez era toda tranquilidad que, para uno que venía del de efe, donde siempre hay prisa... resultaba, a veces, desesperante.

Mi madre (qepd †), me ponía en una bolsa (de celofán) un sándwich de jamón que aderezaba con un poco de mantequilla, una rodaja de cebolla, otra más de jitomate, lechuga y chile. Así llegué el primer día de clases; una libreta, un lápiz y una mochila eran el complemento para mi primera clase en escuela y ciudad nueva. Los libros me los dieron después, creo. Con apenas siete u ocho años y recién llegado a esta tierra, no tenía ni la más remota idea de quién sería ese personaje: Gregorio Torres Quintero, que en mi escuela se anunciaba con letras muy grandes. Lo ignoraba por completo y no creo que en medio año (tiempo que duré en la escuela) se me hubiese grabado algo de ese ilustre (después lo supe) profesor y escritor colimense. Una eminencia que, incluso, coqueteó con la política. Mi salto de escuela se dio casi de inmediato. El nombre de esta era el de un personaje de la historia de México: José María Morelos y Pavón, que está en contra esquina del teatro de otro gran personaje de la misma época: Hidalgo. Mis padres y yo vivíamos por la calle Jiménez, Jiménez 419 para ser más exacto, así que ambas escuelas (la Torres Quintero y la Morelos) quedaban relativamente cerca para llegar caminando y disfrutar de una variedad interesante de jardines que hay en Colima. Y por montón. El primer encuentro que tuve con ellos fue en el parque Hidalgo, que, cosa curiosa, queda retirado del teatro que lleva el mismo nombre, y cerca de lo que antes era la Dirección de Tránsito Municipal (hoy Archivo y Hemeroteca de la Universidad de Colima, hace muchos años ahí inició la Universidad Popular de Colima que luego sería la Universidad de Colima), está ubicado por la escuela primaria Basilio Vadillo, donde mi hermano

Manuel Alejandro fue alumno.

El segundo encuentro con estos espacios verdes llenos de árboles y mucha vegetación y colorido fue el jardín de la Concordia o jardín Juárez, donde mi hermano y yo íbamos a echar carreras con la bicicleta y a jugar fútbol. En esas excursiones clandestinas y cuando Colima era más tranquilo, esta tierra resultaba ideal para recorrerla siendo dos niños exploradores como nosotros; probamos bebidas deliciosas como la tuba que se obtiene al cortar completo el racimo de cocos, justo antes de que las flores abran y que bajan de las palmeras; se puede tomar “natural” o “preparada”. A mí me gusta la tuba preparada, tiene un color entre rosa, violeta o fucsia extrañísimo y bien exótico (tropical), o así me lo parece, y acompañada de cacahuates es una delicia. La natural es de color blanco (transparente), es muy dulce y por las mañanas, con un buen bolillo recién salido del horno es un desayuno muy colimote y hasta desparasitante, por aquello de las malditas dudas. Para tuba la de don Baldo, que sigue en el trajín, continuando con la tradición de tantos años. Otra bebida que me gustó mucho porque es igual de refrescante es el tejuino. En el de efe estas bebidas no las conocía y menos a esa edad. El tejuino es a base de maíz, sal y mucho limón. Don Chema (†) lo preparaba con pasión, era buenísimo y, a trompetazos, hacía notar en versos las maravillas de la bebida. Historias de Baldo y Chema hay por montón en esta cálida tierra. Son personajes tradicionales de nuestra ciudad.

El salto de escuela volvió a ser inminente, pero aún más cerca de la calle Jiménez; ahora estuve en el colegio Fray Pedro de Gante. No sé por qué me movían tanto de escuela, quizá fuera un niño problema o algo así. Bueno, en realidad sí lo sé, pero prefiero callarlo. Desde el año de 1986 (mundialista, por cierto), y jugado en territorio nacional, conocí un lugar nuevo y a partir de entonces varias escuelas también. Y amigos y amigas. Creo que ya soy más de aquí que de allá. En el Fray Pedro de Gante duré muy poco y volvimos a la gran ciudad. Por esas fechas tenía un amigo muy de dinero al que conocí precisamente en el colegio, él vivía en una casona muy grande, propiedad de su familia. Esa casona es la que está justo en la esquina de la calle Jiménez y la avenida 20 de Noviembre; dicen que ahí “asustan”. En esa casona han puesto una variedad interesante de negocios y no ha pegado nada. Lo último que recuerdo que estuve ahí fue el bar denominado “La malkerida”, al que fui en varias ocasiones. Era una especie de circo de tres pistas. Se acomodaba bien al gusto de cada persona. En la parte de arriba era un restaurante popular, con música de banda. En el patio que daba al aire libre (donde está la alberca), el estilo era lounge&bar, para tomar la chela con los cuates. Y, en la misma planta baja, pero en un espacio completamente cerrado, una especie de disco

o antro para ir a bailar y pasarla bien, todo eso engalanaba el recinto. Conocí esa casona cuando la recorrí con mi amigo años atrás. Me invitaba generalmente a pasar un rato en la piscina. Era enorme y jugábamos bastante con una pelota. Luego íbamos a lo que hacía de sala de entretenimiento, había ahí una televisión y un Nintendo (con el clásico Mario Bros, el Duck Hunt y el Double Dragon) y seguía nuestra fiesta entre refrescos de cola y sandwiches de jamón que su mamá nos preparaba.

El nombre de mi amigo, como el de su madre los he olvidado, como he olvidado otras tantas cosas; fantasmas que me rondan; quizá sean los mismos que visitan de cuando en cuando la casona y sólo quieren dejarse sentir. Tal vez me pasa lo que a Carlitos, el personaje de José Emilio Pacheco en *Las batallas en el desierto*, y quizá todo esto no haya existido y sólo sea parte de una imaginación desbordada de niño. Quizás.

Llegué otra vez a Colima en el año de 1991. Segunda y definitiva vez. No recuerdo haberme deslizado por la Piedra Lisa. La leyenda dice que: “el que resbale por su superficie se queda en Colima, sea que se case o porque sea su última morada”. Según yo nunca me deslicé y, como digo en el título de esta viñeta, si lo hice, ni me acuerdo. Mi madre tiene otra opinión, ¿será acaso que por eso volví? Llegamos otra vez a la casa de la Jiménez



Vista actual de la casa en Jiménez 419

número 419. Esas casas son gemelas y todavía existen; una junto a la otra, eternamente. En 1986 teníamos vecinos en una de las casas gemelas. Eran dos viejitos que vivían ahí. Tenían una nieta: Fany, que preguntaba a cada rato por mi hermano. Andaba tras sus huesos. Éramos unos niños. Pero para 1991 la casa contigua estaba vacía; entonces la rentamos para que en una vivieran mis papás grandes: Celia y Austreberto (†), junto con mi tía Coca (†), mejor conocida en todo el centro de Colima como: “Socorríto”. Y en la otra vivimos mis papás, mi hermano y yo. Para ese tiempo mis abuelos tenían una tortería medio famosa en ese 419 de la calle Jiménez. Si uno la recorre a pie, se puede dar cuenta de que el lugar está plagado de talleres mecánicos, mofles y demás. Hace mucho tiempo, justo atrás de la casa había uno de esos talleres y por el otro lado una carpintería, así que mis abuelos tuvieron cierto éxito con su negocio de comida corrida, tortas, carne asada y refrescos.

No quiero pecar de hablador, pero puedo decir que mis abuelos introdujeron en Colima las tortas cubanas; en ese tiempo sólo se vendían tortas de lomo, panela y queso amarillo. Mis abuelos metieron la torta cubana, la de milanesa, etcétera. Les ponían frijoles, rara combinación. A veces me tocaba hacer de mandadero y llevar el servicio a domicilio al minisúper y con los empleados de la zapatería Rodríguez o a la iglesia del Perpetuo Socorro. Nunca más lejos. Iba en bicicleta y regresaba para volver a ir. De pasada compraba, en el puesto de revistas: *El mil chistes* o estampitas para mi álbum. Hoy nadie colecciona álbumes y si coleccionan, las estampitas vienen con su pegamento, como *sticker* o calcomanía. Sin embargo, antes tenía uno que pegar su estampita con resistol blanco y, a veces, el exceso de pegamento se salía de la estampa y pegaba las hojas adyacentes. Era una actividad divertida, lúdica y muy relajante.

Para esta segunda ocasión en Colima veníamos con la mira fija en quedarnos definitivamente. O, bueno, mis papás venían con esa idea. Pocas cosas habían cambiado desde entonces, pero sí hubo cambios significativos. El amigo de la casona de la esquina de la calle Jiménez frente la tienda “El Golfito” (que desde entonces ya existía y ahora se ha extendido por varias zonas de la ciudad) ya no vivía ahí. La casona estaba desde hace un tiempo abandonada y poco o nada se sabía de la familia. Hoy la casa sigue ahí, pero desconozco todo sobre ella. En la radio sonaba: Caló, Vanilla Ice, Mc Hammer, Milli Vanilli (que luego serían conocidos por The real Milli Vanilli debido a un fraude que hicieron porque se decía que ellos no cantaban), Garibaldi, Magneto y más. Había para todos los gustos porque sonaban también: Guns and Roses, Metallica y salía el primer disco de una banda que sería mi perdición y que mi mamá odiaría: Nirvana; en español teníamos a los Caifanes, Maldita Vecindad, Café Tacvba, Enanitos Verdes, Soda Stereo y muchos más. Corrían los años noventa, maravillosos. Abarrotes Barragán de la calle Jiménez ya no era atendido por el señor del ceño fruncido (con ese mismo apellido) que parecía que estaba enojado siempre, pero, en el fondo, era muy buena persona; ahora los hijos estaban al frente del negocio familiar. La tienda de a lado, la de Toña, ya no tenía la maquinita de videojuegos de los Pitufos que tanto me gustaba jugar de pequeño, cuando me tomaba los refrescos Zubba de botella de cristal casi casi de un trago. Todos los refrescos eran en botella de cristal. Cuando pedíamos para llevar nos lo ponían en una bolsita de plástico con un popote. No había botellas de plástico.

Acudí a la secundaria Francisco Hernández Espinosa que está por el Tívoli. Ahí me tuve que enfrentar, otra vez, con un grupo nuevo. Tenía terror de llegar. Prácticamente era un adolescente y estaba viviendo los cambios comunes de la edad y, enfrentarme a un grupo nuevo me daba pánico. Sin embargo, no era el primer grupo nuevo que enfrentaba. Me tocó el segundo “C”, mi madre casi se infarta porque nunca había estado en el “C”; hizo todo lo posible por cambiarme al “A” pero no lo logró. Encaré, ya consciente de muchas cosas, a mi primer grupo y las primeras burlas, odié la mochila que llevaba porque era la causa principal de ellas. No había para más. Era un regalo del Gansito de Marinela. “Chilango” fue el apodo que me gané durante ese año y el venidero. Y cuando estaba en el de efe me decían: “Norteño”. En fin. Debo aceptar que en la secundaria conocí a muy buenos amigos con los cuales todavía sigo en comunicación; ahora por vía del WhatsApp, benditas redes sociales. La secundaria estatal número uno me enseñó el valor de la amistad y a enfrentar mis miedos, además de ganarme un lugar en la sociedad colimense (con mis amigos). Había un alumno (en aquel tiempo enemigo mío), era de Guadalajara y decía: “Haz patria y mata a un chilango”; yo nada le decía y pasaba de lado, nunca me han gustado los pleitos, cuando fue inevitable por su terquedad, nos tendimos a los golpes en medio de una bolita de curiosos y a la salida de la escuela y cerca

de donde está el río del Parque Regional. Yo no tenía a nadie de mi lado, claro, era el fuereño (aunque Carlos también era de fuera). Sin embargo, no me rajé. Creo que nunca he sido bueno para los golpes y ni lo quiero ser. Pero esa vez el honor estaba en juego y, como en la caricatura *Mucha Lucha*, el honor, la tradición y las donas son prioridad. Él estaba gordo y yo no, él estaba más alto y yo no. Empezamos. Pensé que me pondría mis catorrazos y sí, pero tampoco se fue limpio. Le golpeé la nariz que empezó a sangrar en abundancia, eso hizo que se descuidara en tanto le propinaba golpes en el estómago, sofocándolo; él me dio varios trancazos que me sacaron sangre de la boca. Ropa sucia porque caímos al suelo, botones rotos, pantalón igual, polvo, tierra, hasta que le paramos porque le salía mucha sangre y no podía respirar; yo tenía un ojo morado y sangre en los labios. Ese sabor metálico me inundó la boca. Nadie se metió. Era pleito entre ambos y los demás sólo hacían rueda y vitoreaban o decían cosas. Así se fajaba uno antes. En el río del Parque Regional corría mucha más agua en aquel entonces. Luego del cotejo me gané a un grupo de amigos que se fueron conmigo y me ayudaron con mi mochila y a aliviar, como pudieron y con agua del río, las heridas de la batalla.

Sin embargo, todavía me faltaba hacer algo más para ganarme al resto del grupo de segundo “C” (en primaria vine a Colima a segundo año y en secundaria también, cosas de la vida). Carlos y yo nos hicimos amigos e incluso me invitó, un día, a comer a su casa. Lo que son las cosas.

En aquellos años y todavía sigue por ahí, conocí a un personaje. Nunca supe su nombre, pero bien pudiera llamarse Ramón; aunque todos le decían “El Mochilas”, porque el hombre había perdido sus extremidades inferiores. Pero, con los muñoncitos que le quedaban se movía o caminaba como perrito o a gatas, vaya la analogía. Cuando se cansa, se yergue y camina parado, de rodillas, pero de pie, digamos. Todavía vive. Él iba al restaurante de mis abuelos a comer. Siempre pedía carne asada y mi abuela, de carácter irascible, no quería atenderlo porque olía mal, estaba sucio o dudaba de que el hombre, por la facha, pudiera pagar su consumo. Simplemente no lo toleraba. Mi abuelo era más factible a tratarlo bien. Pero el hombre, ahí como lo veíamos, sacaba de entre su ropa fajos de billetes. Cuentan que “El Mochilas” (perdón, pero no sé su nombre) perdió sus extremidades en una ocasión que, borracho, se quedó dormido justo en la vía del ferrocarril con las piernas en la fría barra de acero y el tronco del otro lado; cuando la máquina pasó a toda velocidad, en la noche, el locomotor no vio el bulto y se llevó las piernas del hombre que, ebrio, no supo dónde se había quedado dormido.

Todavía no me ganaba a los compañeros del salón. Había un juego: Chinchilagua que, literalmente, te destrozaba la columna. Lo jugábamos hombres contra mujeres. Jamás en la vida lo había jugado. En el de efe jugaba tochito con las mujeres.

No tengo que explicar el Chinchilagua, yo procuraba caer despacio en la espalda de mis compañeras. A veces lo lograba y a veces no. La prueba de fuego que me hizo ser parte de la comunidad de la escuela estatal número uno fue cuando “jugábamos” a quitarle el brasier a mis compañeras. ¡Vaya prueba! Lo explico. Alguien, por detrás del pupitre, maniataba a la compañera a la que tenía que desabrocharle el sostén. El tipo le hacía, literalmente, una palanca estilo lucha libre en desabrocharlos jalándolos hacia atrás. Yo, entonces, me tenía que parar frente a la chica en cuestión, le desabotonaba la camisa para, posterior, y a una sola mano, desabrochar su sostén. Lo sé. Era un juego violento y, en estos días, me podría traer muchos problemas; en aquel entonces fue la consigna para entrar completamente al grupo de amigos y amigas de la secundaria. Las muchachas empezaron a comprar sostenes que se cerraban por delante, lo que, hasta cierto punto, facilitaba mi labor, aunque el seguro era más difícil de manipular. Me disculpé con ellas, aunque las víctimas, generalmente, eran siempre las mismas y se “dejaban” hacer. Esto lo supe después, en realidad yo no conocía a nadie.

Una buena costumbre que sí conocí oyendo la RL fue eso de salirse por la tarde y a la hora en que se metía el sol a tomar el “fresco” en la banqueta; la familia completa sacaba sillas y, a la sombra de un buen árbol o de su acera, se ponían simplemente a ver pasar la vida. Esto en el de efe es prácticamente impensable, allá la gente vive con demasiada prisa y no disfrutan de estas pequeñas cosas de la vida. Llamaba mi atención que, cuando caminaba por la Lerdo de Tejada, la Belisario Domínguez, la misma Jiménez, Revolución o la calle Victoria; todas aledañas a donde vivía, me sorprendían que en la sala de las casas lo primero que se veía era la cama, que estaba justo a la entrada de la puerta principal; casas generalmente de construcción módica, de techo bajo, cuando no



Secundaria Estatal Número 1

de tejaban o lámina. Esta costumbre, según tengo entendido, es o era para soportar la *calor*, siendo la sala el lugar más amplio y, por ende, el más fresco del lugar.

Mis padres creyeron que para hacerme responsable sería bueno que trabajara de “paquetero o cerillito” en una tienda que la generación millennial ni siquiera ha oído mencionar. Se encontraba en la Plaza del Rey, donde estaban los cines del mismo nombre. Ahí llegué a ver un par de películas y recuerdo que aquello parecía todo, menos una sala de cine que, por cierto, estaba en la segunda planta. Existía también La Mosca Pinta, un lugar donde vendían ropa. Y otros locales más. El minisúper se llamaba El paraíso, en ese tiempo era incluso sano que un joven de mi edad trabajara y valorara las cosas porque tienen un costo, las cuidara por esto mismo y se fuera haciendo responsable desde pequeño. Ahora todo ha cambiado y las leyes protegen mucho esto, incluso está penado. En ese entonces no había muchas tiendas enormes, Blanco ya existía allá por la Maclovio Herrera, donde mucho tiempo y luego de que cerrara, el lugar estuvo abandonado hasta que hace poco una transnacional llegó y puso Bodega Aurrerá. Los tiempos cambian y la fisonomía de Colima de ese entonces no es la misma que la de ahora. Vaya, la fisonomía del Colima del maestro Torres Quintero y que podemos leer en su libro de cuentos y sucedidos definitivamente no es la misma a la actual.

La central camionera estaba en lo que ahora es el auditorio Miguel de la Madrid, allá por Reforma 166. En realidad, de Reforma a la calle Jiménez distan apenas unas cuerdas y las enumero: Medellín, Ocampo, J. Jesús Carranza, Juárez, Revolución, Belisario Domínguez y Jiménez. Aquel 1986, más tardamos en subir al taxi que en bajarnos, claro que cuando uno viaja, las maletas hacen bulto y son pesadas y estorban y todo lo hacen más complicado, y cuando se traslada una familia completa mucho más. Mi padre se dio cuenta de inmediato que el taxi no traía taxímetro que en el de efe era y es común porque según el tiempo es la tarifa que uno tendría que pagar por el servicio. Pero en el de efe, acá no. Mi padre preguntó por el precio y el chofer respondió una cantidad que bien podría ser ridícula, pero bien podría ser alarmante: “Tres cincuenta”, dijo. Mi padre preguntó asombrado: “¿Trescientos cincuenta mil?”, “No, cómo cree, mi amigo”, dijo el chofer, “Tres mil quinientos pesos”, aclaró. Definitivamente corrían otros tiempos e incluso Salinas de Gortari todavía no nos daba en la torre con eso de quitarle tres ceros a nuestra moneda y de que circularan, por todo el país, los mentados nuevos pesos; eso fue en 1994 cuando “se cayó” el sistema. ¿Cuántas veces se ha caído el sistema en este país? Mira que devaluar nuestra moneda. Que yo recuerde siempre he vivido en crisis...

Mi padre pagó y se le hizo muy barato; pronto se puso en contacto con unos familiares para conseguir empleo. Mis tíos tenían una tienda estilo minisúper en la avenida De los Maestros. Era más bien una tienda sencilla. Se llamaba Ivomarcec, que hacía alusión al nombre de pila de mis tres primas: Ivonne, Mariana y Cecilia. Ahí trabajó por un tiempo y trabajé también yo, de cajero, en la bodega, moviendo cajas. Más tarde y ya estando en la Facultad también sería cajero de otra tienda departamental que ahora ya tampoco existe: Ley San Fernando. Cuando les decía a mis amigos que trabajaba de cajero me respondían: “Pues no te vimos y fuimos en tu turno”, contestaba, “Es que trabajo en la bodega, de cajero, moviendo cajas”. Ahora, 2020, no existe ninguna de las dos tiendas Ley; los Brun modificaron toda la fachada de la plaza San Fernando y es otra cosa, aunque no tan diferente porque sigue siendo departamental y de comercio.

Era 1991; me tocó sentir ese fenómeno climatológico llamado *El Niño* o *La Niña* y durante un buen tiempo llovió a mares. Todas las mañanas de secundaria, en un periodo de tiempo, las recuerdo nubladas y lluviosas, un clima que, definitivamente, me agrada sobremanera. Nos regresamos a la ahora CDMX porque mi padre tenía que cerrar ciertos negocios pendientes, más la venta del departamento donde vivíamos. No sé si le encantó Colima o si él sí se resbaló por la Piedra Lisa, pero el alto nivel delictivo de la Ciudad de México, el esmog, la contaminación, la zona poco agraciada en la que vivíamos (todavía recuerdo la dirección de allá: Unidad Infonavit Culhuacán, zona 2, edificio 10, entrada A, departamento 201, teléfono de casa 69553818; mucho tiempo después en el de efe le agregaron el 55 a la marcación y en Colima el 31), todo lo anterior detonó para que declinaran definitivo por Colima. La primera vez (en 1986) yo no quería venir, quien conoce el de efe sabe que esa dirección está cerca (relativamente) del estadio Azteca, era año mundialista y quería ver a Maradona en vivo y no pude, me enojé mucho. Pumpido, Maradona, Ruggeri, Burruchaga, Batista y Valdano, a nadie vi, estaba viajando a medio año escolar al nivel del mar; a mi abuelo le recomendaron irse a vivir a ese nivel por un lío con su corazón y, Colima, fue el destino, el Paraíso (parodiando mi primer empleo) deseado y elegido. El de efe tiene una altura de 2,240 msnm. Terrible para mi abuelo y su corazón.

En la escuela secundaria estatal número uno conocí a un personaje de Colima; creo que fueron los mejores raspados que probé en ese tiempo, se llamaba Rubén. Tengo entendido que ya falleció. Ponía su puesto ambulante a las afueras de la secundaria. Siempre con su sombrero, huaraches típicos de la región, vestimenta discreta y una sonrisa... despachaba cientos de raspados a diario. Supongo que iría a otras escuelas. Los de guayaba con leche eran geniales. Una horda de avispas sobrevolaba los frascos donde llevaba las conservabas como queriendo probar sus dulces mieles. Para el calor

nada mejor que, a la salida, un raspado de don Rubén. Probé y conocí las guayabillas, esos frutos deliciosos que en mi tierra natal si existen, no tenía acceso a ellas. En Colima la fruta la puedes recoger del suelo, hay de todo, mango, plátano, naranja (y agria), almendros y, más allá arriba, por Suchitlán, café de altura, zarzamora y... Las guayabillas son ideales en días de calor, con mucho limón (también típico de la región), sal (ni se diga) y un tanto de chile. Deliciosas.

La secundaria fue una etapa dolorosa al inicio, complicada también, pero que no cambiaría por nada. Fue enfrentarse a muchas cosas y superarlas; forjar carácter, incluso. Recuerdo al profe Marín, a las prefectas Rosa, Mela y Gaby, y no, no es albur, así se llamaba cada una y, pues, a nosotros nos sonaba a broma y las combinaciones son maravillosas: Mela-Rosa-Gaby, Gaby-Mela-Rosa, Rosa-Mela-Gaby, en fin, recuerdo al profe de español que le decíamos “El pollito”; a “Picapiedra”, que nos daba historia y que cuando se enojaba nos jalaba de las patillas. Era su cliente más frecuente y asiduo. Al de educación física, que nos ponía a dar maromas en el suelo cuando hacíamos una graciosa no de su agrado; al de danza, al director del plantel, a la maestra de inglés que le decíamos “La pantera rosa”, de apellido Schulte. En fin.

Egresé de la secundaria con un promedio ridículo, de seis punto y algo, ahí conservo mi boleta que da fe de ello. Y no es que fuera burro, simplemente me encantaba el desmadre. Quería entrar a la Normal para formarme como profesor, pero no pude. Otra área que llamaba mi atención era la comunicación y no quedé en el Cbetis19, que en ese entonces tenía la carrera. Quedé en el bachillerato 16, en Villa de Álvarez, en el área de físico-matemático; ahora tienen muchas carreras más. Las fiestas de la Villa estaban justo frente al bachillerato; ahí las hacían hace años y fueron mi perdición. Reprobé todo. Me salí o me *salí* “el sistema”, ese descarado.

Entré al Conafe (seguía necio con querer ser profesor), por un año de servicio en el Conafe, ubicado en aquellos días en la esquina de las calles Ocampo y Miguel Hidalgo, me dieron tres años de beca para concluir mis estudios. Debo decir que era una casona antigua y hermosa. Ahí conocí al poeta de Colima, mi amigo, ahora fallecido: Víctor Manuel Cárdenas Morales, él era el director del Consejo Estatal. Me enamoré de la poesía desde entonces, de la literatura y de las letras.

En Conafe me pasó lo mismo que en la escuela; estuve en varias comunidades. Enfrentarme a grupos ya no me daba miedo. Me presenté en la comunidad de “el Bajío” que es o era un rancho que está yendo para Tecomán, poco después del entronque para ir a Madrid, ahí me dijeron que ya no ocupaban el servicio por ene razón. Me asignaron, entonces, como “profesor” a Lagunitas, allá estuve en 1995, en el cerro más alto de Comala cuando sucedió el temblor. Mi amigo Sergio era el profesor titular y yo su ayudante. Viví en Lagunitas algunos meses y me cambiaron a otra comunidad, para Coalcomán, rancho “el Chococo”, ahí estuve un tiempo, tenía que caminar un buen tramo por una terracería para llegar. La gente de ahí se fue y me quedé sin alumnos. Me asignaron entonces una comunidad de una maestra que ya no regresó y dejó vacante el puesto. Fue en Manzanillo, en Santiago; rancho “Adán Fuentes”. Allá me puse mi primera borrachera en forma porque festejaron el Día del Maestro y, queriendo y no, me tocó. También tuve mi primera experiencia sexual con una maestra de un rancho vecino. Ahí concluí mi servicio.

Entré después al Cedart “Juan Rulfo”, de nueva cuenta la feria, ahora la de Todos los Santos, me quedaba justo en frente. Mis padres pensaron que no tenía remedio y no, quizá no lo tenía ni lo tengo. En el Cedart conocí personajes de la cultura de este estado: Cuervo (+), Jaime Velasco, Coyazo, Guille Cuevas, la maestra Mago, Marco Casillas, Norma Gutiérrez, Alex Robles (+), Marthita, Ana María, Anabella Abdalá, Irma, todos grandes maestros y ahora amigos. El paso siguiente fue la Facultad de Letras; en el Cedart ya no tuve tantos cambios de grupo, en la facultad tampoco, mejoró mi promedio, me ubiqué, centré cabeza como bien decía mi mamá. Y ahora, ahora soy profesor de la Universidad de Colima (mi *alma máter*) y trabajo llevando programas de fomento a la lectura y coordino la licenciatura en Letras Hispanoamericanas. He recorrido muchas primarias, secundarias, bachilleratos; públicos y privados; he visitado los diez municipios leyendo en voz alta, invitando a la sangre nueva a leer y a escribir; he recorrido mucho Colima, me he llenado de esta tierra y he conocido a gente muy valiosa que, a veces, siento que está en el olvido o desperdiciada. Tengo un hijo, una familia, me he enamorado y desamorado, me he casado y divorciado, he hecho mi vida literaria prácticamente aquí. Soy de aquí y no de otro lado. Y me siento de aquí. Cada que salgo del terruño tengo la esperanza de regresar, ver a mi hijo, abrazarlo, llenarlo de besos, a mi compañera de vida también y a Santiago; a mis amigos invitarlos a mi casa a leer en voz alta sus poemas o los poemas y a charlar de la vida, las letras; a disfrutar de la bohemia y la cultura. Y, a mi regreso, sigo sintiendo como una bofetada el aire caliente y su vasta vegetación y ese aroma que nunca, nunca, nunca, se va a poder borrar de mí ni de mi memoria. Gracias, Colima... por todo y, por tanto.

Si me resbalé por la Piedra Lisa, ni me acuerdo...

**Este relato obtuvo Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020*

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

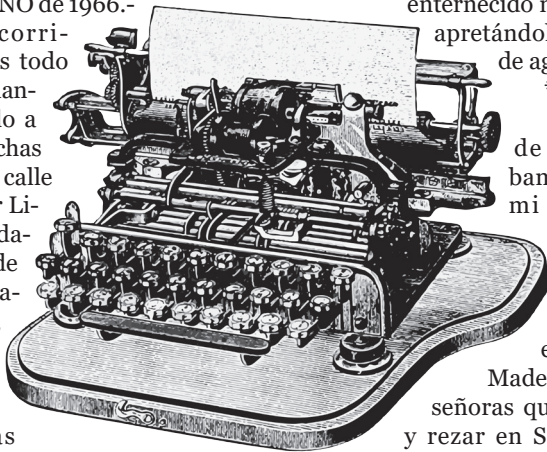
Dos sencillos relatos

Carlos Caco Ceballos Silva

OTOÑO de 1966.- Recorrimos todo el tanguis o baratillo a lo largo de muchas cuadras de la calle 34 en el sector Libertad de Guadalajara. Vimos de todo y compramos monedas, baratijas, dulces y comimos unas muy sabrosas tortas ahogadas.

Al llegar al final nos regresamos encontrándonos que los tangueros empezaban a recoger y dismantelar sus puestos, eran alrededor de las tres de la tarde: conforme avanzábamos nos fuimos encontrando con espacios ya vacíos.

Precisamente en la última cuadra vimos sentados en la banqueta a un viejecito y a un niño de escasos ocho años que abrazaba a un cuervo, nos vimos y pasamos de largo, la señora me comentaba que le deba lástima verlos, que a lo mejor tenían alguna grave necesidad; seguimos caminando y hablando de lo mismo, hasta que en un momento dado nos decidimos volver sobre nuestros pasos, llegamos frente a ellos y ella les preguntó sobre el cuervo, y el viejecito que vestía chaleco y con la cabeza blanca parándose asintió: lo queremos vender, es decir, necesitamos venderlo. ¿Cuánto vale? Pues no sé, es educado desde chiquito y siempre ha sido el consentido de mi nieto. ¿Le parece bien doscientos pesos? En esos momentos, mientras la señora lo tomaba en sus manos, el niño empezó a llorar; el pájaro, su mascota, su compañero, se lo iban a llevar; nos enterrecimos, el anciano con voz trémula conminaba al niño a dejar de llorar, a la señora se le empañaron sus ojos. Entonces fue cuando saqué un billete de quinientos pesos y se lo entregué, la señora ya llorosa les dijo: mira niño, te regalo el cuervo, y el niño presto lo volvió a abrazar, y el abuelito



enterrecido me dio la mano apretándola en un gesto de agradecimiento.

Por el verano de 1974 visitábamos la capital, mi viejo amigo David y su señora, nos acompañaron a comer en Sanborns de

Madero, al salir, las señoras quisieron visitar y rezar en San Francisco.

Entramos, nos arrodillamos. Un

joven, regularmente vestido, hincado delante de nosotros rezaba con mucho recogimiento, notamos sus zapatos con sendos agujeros, deduciendo que era mucha su necesidad.

Terminando nuestros rezos, nos dispusimos a salir y fue entonces cuando David se acercó al joven y le entregó un billete de quinientos pesos diciéndole: tenga, debe habérsele caído; el joven se levantó, su cara triste y asombrada reflejaba desconcierto; no, señor, el billete no es mío, contestó; pues de cualquier modo tómelo, no hay nadie en el templo, así es que debe ser suyo, díjole David. Siguieron argumentando en la puerta, uno que quería entregarle el dinero y el otro obstinado en no recibirlo, y fue entonces cuando intervine: mire, joven, lo vimos rezar con mucha devoción y recogimiento, usted es un hombre católico y debe tener fe en Dios, por lo consiguiente debe tener fe en los milagros, ¿o no cree? Sí, señor, sí creo. Pues entonces es usted un hombre de poca fe si no toma esto como un milagro y recoge el billete que le entrega aquí el señor. El joven sonrió complacido al oír tan sabias y contundentes palabras, tomó el billete, nos saludó, nos dio las gracias y entró nuevamente al santuario de seguro a dar gracias por el milagro concedido.

Al paso de los años, cuando recuerdo estos sencillos episodios comprendo lo fácil que es ver menos tristeza en alguien y uno sentirse mejor y más feliz.

* Empresario, historiador y narrador. †

Embrionario

Claridades:

Magda Escareño

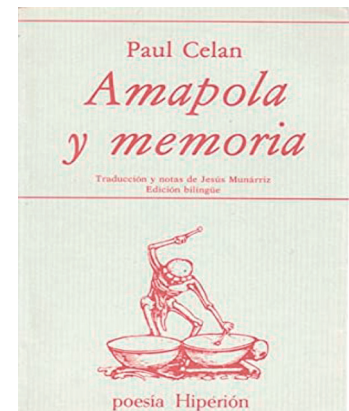
III Cutánea espera:

Dejar que las palabras hablen por ellas mismas, es dejarlas que les nazca la piel. No pertenecer más a ellas, aunque uno no lo quisiera. Por más, el olvido se alimenta de sí mismo, pero ellas aprenden a vivir en el horizonte de los siglos, sin el cuerpo del otro.

De amor y muerte, dos poemas de Paul Celan

Ágora

Acien años de su nacimiento, y cincuenta de su muerte (1920-1970), recordamos al poeta Paul Ancel, que adoptó Celan como anagrama de su apellido, con dos poemas que versan sobre el amor y la muerte, traducidos por Roberto Amézquita. Son versos nocturnos incluidos en *Der Sand aus den Urnen* (1948), el primer libro publicado por Celan en una edición vienesa que más adelante desautorizaría para luego convertir *La arena de las urnas* en la sección que abre su *Amapola y memoria* de 1952.



LA NOCHE es tu cuerpo moreno por la fiebre de Dios: mi boca pone a temblar antorchas sobre tus pómulos. No te dejes arrullar por los que nunca cantaron una nana. La mano llena de nieve, soy yo también quien va hacia ti,

e incierto, como tus ojos azules en la hora circular. (La luna de antaño era más redonda.) Sofocado en tiendas de campaña vacías está el milagro, helando la jarra de los sueños — ¿nos importa?

Haz memoria: una hoja negruzca cuelga en el sauco — la hermosa señal para la copa de sangre.

MEDIA NOCHE

Media noche. Con las dagas de los sueños clavadas en el brillo de los ojos.

No grites de dolor: las nubes revolotean como lienzos. Una alfombra de seda, fue extendida entre nosotros, para danzar de lo oscuro a lo oscuro. De la madera labrada viva nos fue tallada la flauta negra y la danzante se aproxima. Dedos hilados de la espuma del mar sumerge en nuestros ojos: ¿uno quiere aquí todavía llorar?

Ni uno. Así que ella se arremolina feliz y el timbal resuena ardiente. Nos lanza las sortijas y con las dagas las ensartamos. ¿Así nos desposa? Como añicos resonando, y yo lo sé y lo sé de nuevo:

tú no falleces en la multiplicada malva de la muerte